

Fernando Casanueva

**Felipe Gómez de Vidaurre:
un jesuita expulso, chileno y patriota**

“por el deseo que tengo de servir al Público
y de hacer conocer a mi patria
en su propio y verdadero aspecto”

*Prefacio,
Felipe Gómez de Vidaurre, 1789*

Un criollo bien nacido

Pocas noticias se tienen de la vida de Felipe Gómez de Vidaurre. Nacido en 1748 en Concepción, Chile, era hijo de familias principales del Reino. Su padre don Juan Gómez de Vidaurre descendía de las más antiguas familias coloniales, alcanzando altos cargos en el Ejército y en la administración de Salta, Tucumán y Chile, y poseía tierras no lejos de Concepción, segunda ciudad del Reino de Chile, cerca de la frontera de guerra contra los indomables araucanos.

Sus padres le envían a Santiago, la capital, a continuar sus estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús, profesando más tarde en la misma Orden hasta la expulsión de ésta en 1767, ocurrida, como se sabe, en todos los dominios de la Corona española. Con el conjunto de sus correligionarios es enviado a Lima, embarcándose al año siguiente para España y radicándose por largos años en Bolonia, Italia, uno de los primeros centros universitarios y culturales de Europa.

El exilio y la compañía y trato con sus estudiosos compañeros americanos y chilenos, especialmente con su compatriota Juan Ignacio Molina, autor del célebre *Saggio sulla storia naturale del Chile* (Bolonia 1782) seguido del *Saggio sulla storia civile del Chile* (Bolonia

1787) traducidos a varias lenguas,¹ le impulsa a escribir su *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile* que termina en 1789, siendo publicada solamente un siglo más tarde en Santiago de Chile.²

En 1798, Carlos IV permite el regreso de los jesuitas a sus respectivos países de origen. Entre los que pudieron retornar a Chile se contaba Gómez de Vidaurre. Se sabe que él y otros correligionarios fueron ardientes partidarios de la Independencia de Chile, habiendo sido durante la llamada Reconquista española (1814-1817) desterrado a la isla Mocha y muriendo de un balazo durante la guerra de dicha Independencia en 1818.

El libro de Felipe Gómez de Vidaurre

La obra de Gómez de Vidaurre es una mirada atenta sobre Chile, su patria, efectuada por un hombre de formación religiosa, un jesuita expulso, a fines del Siglo de las Luces e influido naturalmente por éste. Es la opinión, pues, de un chileno ilustrado desde el corazón de la civilización occidental. Esta visión quiere destacar de manera objetiva y pragmática, no siempre lograda, lo propiamente chileno, aquello que lo hace diferente a los otros países de la América española y al mundo en general. Hay en el autor un intento de buscar su propia identidad a través de la definición de su país frente a lo Otro. Para él, Chile es un epicentro vital y espiritual, una razón de ser en su exilio.

Esto no significa que el jesuita reivindique la “barbarie” atribuida a Chile y a América en general por muchos autores europeos. Al contrario,

¹ El *Saggio sulla storia naturale del Chile* fue publicado por primera vez en Bolonia en 1782; fue traducido al alemán (1786), al español (1788), al francés (1789), al inglés (1808). El *Saggio sulla storia civile del Chile*, fue publicado por primera vez en Bolonia en 1787; fue traducido al alemán (1791), al español (1795), al inglés (1808). Hay que señalar que en 1776, publica en italiano, anónimamente, un pequeño volumen *Compendio sulla storia geografica, naturale e civile del regno del Chile*, Bolonia.

² La obra de Gómez de Vidaurre fue publicada en la famosa *Colección de Historiadores de Chile*, tomo XIV (357 páginas) y tomo XV (351 páginas), Santiago de Chile 1889, con una introducción biográfica y notas de José Toribio Medina. Esta es la edición (única, por lo demás) que hemos utilizado en este artículo. Los subrayados de las citas son nuestros.

él siempre insistirá en los fundamentos civilizados de su país, como si los elementos o aportes europeos se hubiesen mejorado en Chile. Así, por ejemplo, al exponer el orden y la limpieza de las ciudades chilenas, expresa que “al entrar un europeo en una de estas poblaciones no se crea estar entre bárbaros sino entre gente culta” (II, p. 320). Por otro lado, a través de su obra se denota la intención de presentar a Chile no como un apéndice de Europa, sino como una *nación* dotada de su propia y original fisonomía.

¿Qué es lo nuevo que se presenta en la obra de Gómez de Vidaurre? A nuestro juicio, lo que lo diferencia de otros cronistas chilenos, anteriores o contemporáneos suyos, es el equilibrio entre el amor a su patria y un criterio de objetividad al presentar a ésta ante los ojos europeos. En su pensamiento, aunque no lo exponga expresamente, está viva la convicción que su potencial histórico, geográfico, económico y cultural bastarían a Chile para existir independiente a toda dominación, pese al aparente acatamiento del autor al orden monárquico español. En ese siglo XVIII “en que entran en colisión los principios ideológicos representativos de autoridad y libertad”, el jesuita mantiene en la forma su lealtad a la Corona (la misma que lo expulsara de América con su Orden; “la catástrofe de los jesuitas”, según sus propias palabras), anticipando, sin embargo, una esperanza oculta de libertad para su país gracias a su propia capacidad e identidad. Empero, no hay un discurso político en su obra, ni un programa ideológico, sino simplemente una presentación valorativa, positiva, de su país natal.

Su libro es una respuesta a la contradicción entre su propio origen hispánico, su formación jesuita y su lealtad al orden colonial establecido y su condición de criollo que ama su patria, rechazando en ella la preponderancia y prepotencia colonial europea que se expresa en el discurso científico en boga en esa época. Gómez de Vidaurre pertenece, pues, a la corriente criolla americanista y en su libro evoca y subraya los grandes temas del americanismo que oportunamente cita Mario Hernández Sánchez-Barba: la capacidad de América para la cultura, la revelación de sus peculiaridades y la presentación de América como el continente del futuro, “sucesora de Europa” a la cabeza de Occidente.³

³ Cf. Mario Hernández Sánchez-Barba, *Los Estados de América en los siglos XIX y XX* in *Historia de España y América*, dirigida por J. Vicens Vives, vol. V., p. 456.

Gómez de Vidaurre exalta, entonces, lo chileno y a través de él lo americano. Exaltación de la Patria criolla y de lo criollo, en el amplio sentido del término. De esta manera, por ejemplo, al referirse a los mestizos chilenos, él afirma “que ellos sacan todo lo bueno de ambas naciones” (II, p. 284).

La *Historia* de nuestro autor está ordenada según los criterios tradicionales de la época en *Libros* (11 en total) que tratan respectivamente en el primer volumen, de la Geografía de Chile, de sus Reinos naturales (vegetal, mineral y animal) y de los “hombres de Chile” (los indios), es decir el conjunto vernacular del país, en el 2º volumen expone la Historia de Chile a partir de la llegada de los españoles, como si el país no tuviese una historia anterior: la Conquista, la larga Guerra de Arauco (eje vertebral, de larga duración, de la Historia colonial chilena) a través de los hechos de los sucesivos gobernadores (desde Diego de Almagro, “descubridor” de Chile, 1535 y Pedro de Valdivia, su conquistador, hasta Antonio Guill y Gonzaga, durante cuyo gobierno fueron expulsados los jesuitas (1767), y finalmente un “Estado presente del dominio español en Chile”, en el cual efectúa una presentación de las “castas” coloniales, especialmente de los criollos (a quienes destina 5 de los 11 capítulos de este último Libro) y sus aptitudes, como si el autor quisiera destacarlos por sobre todas las otras cosas y características del Reino de Chile, incluso por sobre su organización política, militar y eclesiástica y su división política, que cierran su obra.

Para el pragmático jesuita que es Felipe Gómez de Vidaurre la Historia de Chile, especialmente la de sus indómitos habitantes indígenas, si hubiese sido verídicamente contada habría sido *útil* a la Corona “para conocer a fondo a estos indios. ¡Cuánto se hubiera iluminado la Corte para dar sus sabias providencias! ¡Cuántos más vasallos tuviera hoy Su Majestad! ¡Cuánto más floreciente estuviera hoy la Cristianidad entre ellos!” (I, p. 5). Vemos aquí una crítica indirecta a los errores que militares, misioneros y funcionarios españoles habían cometido con los indígenas libres, “causa del odio que aún hasta ahora nutren en sus pechos contra la nación española”.

Desde su misma dedicatoria a Antonio Porlier, Ministro de Gracia y Justicia de Indias de Carlos IV, se refleja la intención del autor: dar a conocer no sólo la historia española de Chile, sino la situación de sus “producciones útiles” y el desarrollo que las artes, el comercio y la medicina podrían alcanzar “si se hermanasen los intereses de ambos Hemis-

ferios”. Así, el autor se siente e interpreta como un hombre ilustrado del siglo XVIII al expresar al ministro que la protección que él seguramente brindará a esta obra, lo hará digna a los ojos “de los críticos de este siglo de las luces”.

Con la perspectiva del tiempo nosotros podemos, además, subrayar los objetivos centrales de esta *Historia*. Por una parte el intento de un desterrado chileno, íntimamente convencido de los méritos de su país natal, quien ignora si algún día volverá a verlo, por presentar digna y verídicamente a su patria lejana en Europa, desde un alto centro intelectual italiano. Por otra parte, desde el Prefacio de su obra, el autor expone el otro propósito central de ella: deshacer los malos entendidos respecto a su Patria y los “errores descomunales” con que los pretendidos sabios europeos han “desfigurado” la real fisionomía de Chile.

Estos errores son producto de una desvalorización de lo americano por parte de dichos sabios, cuyo jefe de fila era el prusiano Cornelius de Pauw, frecuentemente citado y desmentido por Gómez de Vidaurre a través de su *Historia*. De Pauw en su obra *Recherches philosophiques sur les Américains* (1768) (Berlín 1768, Londres 1771) plantea la inferioridad de la naturaleza, animales y hombres americanos y la degeneración que sufren los productos y seres europeos en América; en el fondo otros tantos argumentos tendientes a justificar la preponderancia europea en el Nuevo Mundo.

En el curso de su obra Gómez de Vidaurre demuestra el profundo conocimiento que posee de la producción científica de su tiempo, tanto de americanistas como de anti-americanistas. Gómez de Vidaurre está en la línea (o frente) intelectual de los jesuitas criollos que defienden su patria y América de los “ataques” europeos. En la línea de su famoso correligionario, también expulso, Francisco Javier Clavijero, mexicano, residente también en Bolonia, autor de una *Historia antigua de México* (escrita en español, traducida y publicada en italiano, 1780, contando más tarde con numerosas traducciones y ediciones), donde también se refutan brillantemente las teorías “degeneracionistas” de De Pauw.⁴ Por

⁴ Clavijero es muy severo para juzgar la obra de De Pauw, afirmando: “He escogido la obra de Pauw, porque como sentina o albañal ha recogido todas las inmundicias, esto es todos los errores”. Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, México 1964, p. 422.

desgracia, la *Historia* de Gómez de Vidaurre no conoció la difusión ni la gloria de las obras de un Molina o de un Clavijero.

Es necesario añadir que nuestro autor para escribir su *Historia* recurrió a las obras escritas por sus propios correligionarios en el siglo XVII, como las del P. Alonso de Ovalle, chileno (*Histórica Relación del Reino de Chile*, editada en español, Roma, 1646), del P. Diego de Rosales, español (*Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*, terminada en 1674 e impresa tan sólo en Santiago de Chile en 1877), o de su propio siglo, expulsos como él, Juan Ignacio Molina, ya citado y Miguel de Olivares, también chileno (*Historia Militar, Civil y Sagrada*, publicada sólo en 1864 en Santiago de Chile). El mismo Gómez de Vidaurre reconoce la importancia que para el acabamiento de su obra tuvo la presencia y compañía de sus correligionarios “todos ellos versados en las cosas de Chile con quienes consultar mis dudas y de quienes recibir las informaciones más exactas de todo” (I, p. 6).

En el Prefacio de su *Historia* Gómez de Vidaurre procede a efectuar una crítica del trabajo de los autores que lo han precedido en la presentación y explicación de Chile. Así, los geógrafos no han dicho la verdad sobre las excelencias del país y los historiadores locales sólo han “pintado hechos gloriosos, sin dar a conocer el valioso terreno” que se disputaban (y disputan) los conquistadores españoles y sus primeros poseedores, los indígenas. Sólo es ponderado el oro y la plata, abundantes en Chile, y no las otras valiosas producciones del reino mineral. Sólo se celebra la calidad de los animales “llevados de Europa”, despreciando los autóctonos. En cuanto al reino vegetal, los autores ignoran “las muchas plantas alimentares” [sic]. De haber procedido con menos “desprecio” por las ciencias naturales, éstas y las artes “se hubieran adelantado y al país le hubieran abierto nuevos ramos de comercio con que él floreciese más”.

Respecto a sus “primitivos habitantes” es necesario disipar muchos errores. Los autores europeos sólo se han preocupado de presentar a los indios como un pueblo cruel e inhumano, bárbaros e infieles, sin explicar su lengua, su religión, sus costumbres, su organización política, social y militar. Los historiadores han presentado la historia de Chile “como un campo bañado de sangre y cubierto de cadáveres”, a causa de las guerras de Arauco, provocando en el extranjero un rechazo del español “que despuebla un país para imposesionarse [sic] de él” y en el español un rechazo contra los indios tan feroces a sus ojos. El espíritu

criollo de Gómez de Vidaurre aflora a continuación al criticar al poeta español Alonso de Ercilla, cuya célebre “Araucana” es “todo guerra, todo batallas, todo muertes”, sin decir nada del país mismo, “nada de los que conviene conocer del lugar”, en otras palabras, “dar a conocer *el lugar* de las guerras que canta”.

En este aspecto su crítica se extiende también a su compatriota y correligionario el P. Alonso de Ovalle, quien “se pierde en pintar” las bellezas de Chile, sin explicar las “estimables propiedades” de los recursos naturales del país. Por otra parte, si bien es cierto que Ovalle demuestra “la nobleza que puebla el Reino de Chile”, ignoró una explicación de las sociedades indígenas chilenas, de las causas “de su repugnancia a la religión católica y del odio que aún hasta ahora nutren en sus pechos contra la nación española”. Las obras de otros historiadores como Rosales, Olivares y Pedro de Córdoba y Figueroa (*Historia de Chile*, 1717) “han quedado sepultadas en el olvido” pese a sus relativas cualidades. Todo ello ha impedido dentro y fuera de Chile conocer su verdadera historia.

La única obra que merece toda la consideración de nuestro autor es la del abate Juan Ignacio Molina, quien escribió “los dos ensayos apreciables”, ya mencionados, sobre Chile, su tierra y sus habitantes, obra tan completa y clara “que nada más se puede pedir”. Como el mismo Gómez de Vidaurre lo reconoce, dichos ensayos sirvieron de fuente y guía a su *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*.⁵

La geografía de Chile

Gómez de Vidaurre es uno de los pocos cronistas que se refieren al Chile geográfico real, extendiéndose desde el desierto de Atacama (“despoblados vastísimos”) hasta el austral archipiélago de Chiloé, excluyendo entonces de Chile las provincias trasandinas de Cuyo (incorporadas en 1778 al Virreinato de Buenos Aires) y las tierras magallánicas, cuyos

⁵ En el prefacio de su *Historia*, Gómez de Vidaurre afirma que se valió de las obras de Molina para dar a su libro “todo aquel carácter que me había propuesto y a que no había podido llegar [...]. Con tal guía, ¿cómo no debo prometer llenar el objeto de ésta?” (I, p. 8).

habitantes son “del todo diferentes” a los indios chilenos. Para el jesuita “no es la dominación española” la que puede explicar los límites territoriales y las características de una nación americana, sino la unidad u homogeneidad de cultura (costumbres, lengua, etc.) De manera que el verdadero Chile es esa faja de tierra, encerrada entre la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, los cuales serán, efectivamente, los límites de Chile hasta entrada la República.

Este sintomático nacionalismo del autor se aplica a la reflexión que él efectúa sobre el mismo nombre de Chile, el cual le otorga su propia identidad en América y en el mundo. Desde luego el nombre impuesto por el conquistador Pedro de Valdivia, “Nueva Extremadura”, no prevaleció, sino el que ya tenía antes de “la entrada de los españoles”. Pensamos que esta reivindicación onomástica es la conciencia e inicio de una recuperación criolla de su patria: “Chile fue y es el verdadero nombre de esta región de la América”.

Al describir el Valle Central chileno y pese a afirmar que no escribe bajo “la ciega pasión de la Patria” y confesar que “me propuse mirar el país que describo como que no fuese en él nacido”, Gómez de Vidaurre incurre en un entusiasmo desbordante, subrayando los méritos naturales de un país que se distingue no sólo de toda América, sino “aun de todo el restante Universo”; de esta manera, inevitablemente, el cronista procede como el P. Ovalle, a quien él ya había criticado, como sabemos, su lirismo descriptivo: “a la verdad, ninguna cosa se puede presentar a la vista de un viajante que pueda recrear más su ánimo, que no le presenten estas deliciosas campiñas en su verde constante y perpetuo, en la variedad indefinida de sus vegetales, en el verde delicioso de sus plantas, hierbas y vistosísima variedad de flores aromáticas que aumentan a la luz de una atmósfera constantemente serena su hermosura y esplendor. En los fresquísimos bosques cargados *de frutos propios del país* y regados de manantiales de agua fresquísima y cristalina. En la infinita diversidad de aves, así en número como en especie, que con su delicioso canto parece que están rindiendo a la amenidad del terreno en que viven el tributo de sus gordeos” (I, p. 20).

En esta presentación, en la cual él escribe sinceramente y movido sin duda por la nostalgia, Gómez de Vidaurre habla de *su Patria* más que de un Reino español en Indias, siguiendo la antigua tradición de los cronistas criollos, que perdura hasta hoy en el inconsciente colectivo chileno, de considerar el Chile central como un paraíso natural que inclina,

como concluye nuestro autor, a “rendirle mil homenajes de gratitud al Criador de tantas maravillas”.

Podemos afirmar que el estilo literario de la *Historia* es de calidad, preciso en el uso adecuado de los términos, empleando un florido lenguaje, que a veces la hace *pintoresca*. Empleamos esta palabra en el sentido que ya tenía ella en el siglo XVIII cuando los viajeros publicaban sus relatos de viajes tan exigidos por los lectores de ese siglo y del siguiente. Por ejemplo, al describir la Cordillera de los Andes, nuestro cronista comenta las dificultades que se presentan al atravesarla “subiendo y bajando caminos tan escabrosos, (que) creo que hasta ahora en pocos pasajeros se habrá disminuido el horror y espanto en repetirlos” (I, p. 22).

De todas maneras, esta “grande y vastísima” Cordillera es de gran utilidad para el Reino, ya que le sirve como una “muralla impenetrable” que defiende a Chile, impide la existencia de animales venenosos y “bestias devoradoras de la humana especie”, permitiéndole al Reino una máxima fertilidad debido a la gran cantidad de aguas que le entrega, ricas en compuestos naturales fertilizantes, y que riegan los valles chilenos; por otra parte, la Cordillera sirve de biombo climático moderando el clima y ofreciendo una gran variedad de aguas termales.

En este cuadro, Gómez de Vidaurre presenta a los indios de Chile como industriosos, buenos conocedores de las riquezas naturales del territorio que saben aprovechar, opinión contraria a la común de los españoles que los consideraban perezosos e ignorantes. Así, al referirse a los canales o acequias construidos en los ríos chilenos, el autor afirma: “no pocos de estos canales son obras de los brazos de los indios, que los hicieron para tener agua cerca de sus casas y regar sus sembrados” (I, p. 27); también los indios sabían utilizar las aguas termales para curar sus enfermedades.

Gómez de Vidaurre es uno de los pocos cronistas chilenos que, más allá de la simple descripción (que a veces es poética), tiene una visión científica para explicar las características, recursos y posibilidades naturales del país, aplicando la química, la física, la biología o los principios de la agricultura para afirmar o probar sus aseveraciones. Por ejemplo, en el capítulo IX (Libro I) destinado a presentar “el terreno de Chile y sus cualidades”, efectúa un completo análisis técnico de la composición de la tierra del fértil Valle Central chileno que la hace exuberante. El afirma: “tampoco deberá atribuirse *patriotismo* a el que yo asegure que

en veinte años que estoy en la Europa no he visto campiña en ella que me presente un tan bello aspecto como cualquiera de las de Chile, así en el número, grandeza y frondosidad de sus árboles, diversidad y sazón de sus frutos, delicadeza de sus berzas y suavidad de sus granos, como en todas las demás producciones contenidas en la esfera de los vegetales". (I, p. 38). Apoya tales afirmaciones en el testimonio de connotados viajeros europeos como Antonio de Ulloa, Amédée François Frézier, Octave Feuillée, etc.

El jesuita mantiene siempre una preocupación comparativa de su patria con Europa, refutando las teorías "degeneracionistas" de De Pauw y sus émulos. Así, las frutas chilenas de origen europeo no sólo no han degenerado o declinado, sino que "se han *perfeccionado* bajo del feliz clima de Chile, y podía añadir que se han *conaturalizado*, tanto que se dan como si fueran originarias de aquel país" (I, p.42).

No podía faltar, pues, en su exposición un homenaje al clima de Chile central (o "mediterráneo", como acertadamente lo domina), "benigno constantemente", con las cuatro estaciones bien definidas, sin rigores extremos, que le permite una "riqueza natural que le pone en estado de no tener que envidiar nada a parte alguna del globo".

Como siempre, y a través de toda su *Historia*, nuestro autor intenta deshacer los equívocos o falacias que se han escrito sobre Chile. De alguna manera justifica los errores cometidos antes de su siglo, "el siglo de las Luces", cuando Chile "era poco conocido en Europa"; ahora ello era inadmisibile. Ataca, entonces, al abate Sauri quien en su cátedra de física afirmaba que en los llanos de Chile el clima es tan frío como en Laponia, emplazándolo a probar su aseveración citando las fuentes de su "impostura", preguntándose "¿qué prueba filosófica puede traer con que alucinar el mundo, que se reirá de esta su falsísima proposición?" De tal manera, Gómez de Vidaurre destinará todo el capítulo XI del Libro I a probar "lo saludable del clima de Chile" y sus benéficas consecuencias: por una lado, la ausencia en Chile de pestes y epidemias, por otro lado la ausencia de animales feroces o venenosos. Si hay pestes a veces, como las viuelas, es la culpa de Europa "que allí la ha introducido".

Al respecto él se siente obligado a citar a fray Matías Verdugo, "criollo inteligente en medicina y graduado en ella", quien por "amor de la humanidad o de la *patria*" procuró aplicar la vacuna contra ese mal, salvando así centenares de niños. Como buen ilustrado, abierto al progreso de su siglo, el jesuita fustiga a aquellos teólogos que anatema-

tizaban la vacuna antivariólica, calificándola de “pecaminosa y nada conforme a la moral de un pueblo cristiano”. De todas maneras, para impedir la propagación de las pestes de viruelas en Chile se impone una rigurosa cuarentena “como se practica en Europa”.

Respecto a la sífilis o “mal gálico” que está muy poco expandida entre los criollos y es inexistente entre los indios, éstos últimos no la conocían antes de la llegada de los españoles, ofreciendo como prueba que en la lengua indígena no existe tal vocablo como ocurre para otras enfermedades, y citando a su correligionario Clavijero, quien en su *Historia Antigua de México* presenta “mayores pruebas de esta verdad”.

En Chile no existe el raquitismo infantil que desde hacía tres siglos, según el jesuita, “hacía guerra a los niños en casi toda la Europa”. En Chile, además, se ven pocas personas deformes (“cojos, estropeados y corcovados”) tanto entre los criollos como entre los indígenas. Algunos autores europeos para “desacreditar” a los indios han explicado este hecho achacándoles la costumbre “bárbara” de una especie de eutanasia infantil aplicada a sus hijos deformes. Esta afirmación es absolutamente falsa. La explicación reside en que los indios chilenos crían sanamente a sus hijos “sin fajas y sin compresión alguna de sus delicados miembros y sin forzarlos a caminar, en lo que ciertamente *pueden enseñar a la iluminada Europa*” (I, p. 49).

El reino vegetal de Chile

Gómez de Vidaurre pone de relieve aquí la importancia que para Europa revisten las plantas provenientes de América, demostrando, al pasar, su verdadero origen americano, contra la opinión de algunos sabios europeos que suponían, por ejemplo, que el maíz era africano. El maíz “crece y fructifica maravillosamente en Chile”. La papa, que sólo se introdujo en Europa mucho tiempo después de haberla descubierto los españoles en América, cuenta en Chile con 30 especies diferentes. El autor se sorprende, irónicamente, de “cómo, tan tarde, los europeos hayan pensado a usar de tan sano alimento y a cultivar una planta tan útil” (I, p. 111), para explicar después cómo este tubérculo, que se adapta a todo tipo de clima, comenzó a cultivarse en Europa, primero en Irlanda, luego en Inglaterra, Flandes, Suiza, Italia, enriqueciendo por consiguiente la panoplia vegetal y alimenticia europea, habiendo comen-

zados los europeos a utilizar la harina de papas para hacer pan. Al leer las páginas del jesuita destinadas a este producto americano se comprende su orgullo americano al presentar tal aporte fundamental para la alimentación universal.

Todo este capítulo I del Libro III, referente a “las plantas alimentares de Chile” está destinado a citar y explicar la variedad y calidad de plantas alimenticias y medicinales que la tierra y el mar ofrecen, de tal manera que “Chile presenta en su reino vegetal el teatro más pródigo y alegre que pueda un hombre figurarse” (I, p. 108).

En el capítulo IV titulado “plantas que sirven a las artes”, el autor explica que los conquistadores españoles encontraron a los indígenas vestidos con “ropas de diversos colores”, y como éstos no comerciaban con otras naciones, era lógico pensar que dichas tinturas fuesen producidas localmente, “sin concurso de drogas forasteras”. La explicación reside en la panoplia de plantas tintóreas chilenas, las cuales proporcionaban a los indios todo tipo de colores, “los más de ellos tan durables que se acaban con la cosa sobre que se han dado, tan vivos, *que no he visto en su línea mejores en Europa*” (I, p. 129), habiendo aprendido los españoles en Chile de los indios la aplicación de estos colores.

Es preciso recordar aquí que durante la época colonial, especialmente en el siglo XVIII, los indios mapuches (araucanos) hacían un activo comercio de mantas y ponchos con los españoles (70.000 ponchos al año, I, p. 344), para los cuales era indispensable el uso de colorantes vegetales. Por ejemplo, el autor cita una planta llamada *relbún* que produce un “bellísimo color rojo” igual al de la azala de Esmirna. El espíritu práctico de Gómez de Vidaurre le impulsa a vaticinar que “cuando en Chile se despierte el espíritu de comercio y se amen las artes hará que los chilenos cultiven esta planta” (I, p. 130). Por otra parte, el cultivo de sus plantas tintóreas permitiría a Chile “impedir la extracción de dinero” destinado a pagar tintural foráneas y caras como el añil.

En cuanto a los pastos y hierbas útiles para la alimentación de los ganados, él está convencido “que no hay país en el orbe que le aventaje, ni en la multitud de especies, ni en la vegetación de ellas” (I, p. 133). Para confirmar su aserto, y que no piense el lector que su “patriotismo”

lo impulsa a exagerar las excelencias de Chile, se remite a Frézier y Ulloa “en apoyo de esta verdad”.⁶

En efecto, a lo largo de su *Historia* se denota siempre un intento sinero de convencer al lector de las calidades y cualidades de Chile, evitando ser tomado en Europa por un charlatán falaz o exagerado, y para ello siempre evoca a viajeros de crédito “*que han estado en Chile*”.

Una prueba de este espíritu científico de cotejo y prueba se presenta cuando se refiere a las “plantas extranjeras”, es decir las que los españoles aportaron al campo y al paisaje chilenos: árboles, cereales, legumbres, frutas, flores, etc., afirmando que “todas estas plantas se nacen, crecen y vegetan en Chile, *como si fueran cultivadas en sus países*, porque si se nota alguna variedad o en la sazón o en la grandeza o cualquiera otra calidad, es *para hacerlas superiores*, como repetidas veces lo atestiguan Frézier, Feuillée, don Antonio de Ulloa y cuantos que escriben de Chile, habiendo estado en él. Algunos han llegado a decir que las semillas de Europa *se han mejorado en Chile*” (I, p. 135). En resumen, los vegetales europeos no sólo no se degradan en la tierra chilena, que es americana, sino que se producen más abundantes y mejores.

En toda su exposición sobre la flora chilena, Gómez de Vidaurre demuestra el conocimiento personal que de ella tiene y de las obras chilenas o europeas que a ella se refieren, exponiendo también todas sus amplias propiedades benéficas y útiles para la vida humana.

No sólo los indígenas chilenos se han aprovechado de los aportes vegetales europeos, sino los españoles del reino vegetal autóctono. Entre otros ejemplos se cita el *maqui*, (árbol local que produce “frutos sabrosos y refrescantes y los campesinos (chilenos), que lo buscan mucho, han tomado de los indios una bebida que con el nombre de *pecu*, hacen de ellos” (I, p. 149).

⁶ El viajero francés Amédée F. Frézier publicó en París en 1732 su *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili et du Pérou*; los viajeros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa publicaron en 1748 su *Relación histórica del viaje a la América Meridional*.

Toda esta riqueza agrícola permite a Chile efectuar un creciente comercio con el Virreinato del Perú, hasta tal punto que era frecuente en la época colonial definir al Reino como “el almacén del Virreinato”.⁷

Mención aparte merecen los párrafos que el jesuita destina a los célebres vinos chilenos, producto de las vides hispánicas que “en todo Chile fructifican maravillosamente”. El vino moscatel chileno mereció que Ulloa a causa de “su delicadeza y fragancia lo prefiriese a los mejores de España”. Para ser ecuánime el cronista formula, sin embargo, algunas críticas técnicas a la vinicultura chilena, defectos que remediados, según él, harían de estos vinos “los más célebres del mundo entero”. Estos reparos se extienden a los propios chilenos, que poco se esfuerzan en “hacer valer en el mundo las producciones del felicísimo país que habitan”.

Su exposición sobre los mostos chilenos le ofrecen la oportunidad, una vez más, de refutar las concepciones de De Pauw, “el que llevado de no sé qué espíritu, se ha propuesto en su obra desacreditar la América, levantándole las más negras calumnias [...] y así no ha dudado afirmar que todos los frutos de Europa han degenerado en América” (I, p. 165). Gómez de Vidaurre se pregunta acerca de las fuentes de información de De Pauw y qué razones opondría a las pruebas que por experiencia y lecturas válidas ofrece al lector europeo el propio jesuita chileno. “Si hubiese leído los historiadores de América no hubiese caído en tan gruesos errores con que procura impresionar la Europa contra la América.” El está convencido que estas falsas opiniones no prevalecerán, pues el lector creará más a los viajeros científicos, de crédito, que no a las afirmaciones de “un extranjero que no las funda sino es en su dicho”. Es decir, De Pauw llevado por su mala fe procede contra el espíritu científico del Siglo de las Luces, que exige el testimonio directo, la comprobación experimental, la seguridad de la información, tan necesarios en este “*elargissement du champ de la connaissance*” que logró

⁷ En las últimas décadas del siglo XVIII Chile vendía al Perú: trigo, vino, jarcias, sebo, charqui (tasajo), cordobanes, cobre en barra y elaborado, frutas secas, legumbres, cueros, velas de sebo, quesos, ponchos, maderas, etc. por un total de 609.400 pesos. Compraba al Perú: azúcar, sal, salitre, añil, tabaco, bayeta, tocuyos, paños de Quito, sombreros de paja, manteles, chocolate, arroz, albayalde, pita, etc. por un valor de 920.012 pesos. Sergio Villalobos et al.: *Historia de Chile*, Santiago de Chile 1975, vol. 2, p. 218.

dicho siglo. En otras palabras, De Pauw de un “accidente particular” que ha leído en algún viajero procede a extenderlo a todo el continente americano; él mismo no ha puesto los pies en América, ni ha leído los autores pertinentes, dictando entonces desde su “gabinete prusiano” opiniones pseudo-científicas para desacreditar al Nuevo Mundo con el fin de glorificar la superioridad y el poder de Europa sobre él.

El Reino mineral de Chile

La frase que abre este tema está en la línea anterior, subraya, una vez más, las riquezas y potencialidades de Chile: “por ventura no hay Reino en el universo que abunde tanto de metales como Chile” (I, p. 191). Para lograr sus objetivos demostrativos, Gómez de Vidaurre se muestra decidido no sólo a exponer la riqueza de su superficie, sino “entrar en sus entrañas a descubrir las partes que lo componen, las que manifiestas al mundo, yo me prometo haga éste mayor aprecio del rico Reino de Chile” (I, p. 168). No sólo se refiere al oro y la plata, tan mencionados por diversos autores, sino a “la variedad de sus tierras utilísimas a las artes, las piedras, las sales, los betunes y los semimetales”, que han sido pasados en silencio por dichos autores, riquezas “con que se ven florecer muchas ciudades de Europa”.

Por otra parte ese oro y esa plata que “con tanto sudor” extraen los chilenos, no los gozan ellos sino “los extranjeros”; velada crítica, pues, al sistema colonial español secularmente ávido de estos metales preciosos.

La pluma del jesuita adquiere un tono profético al anunciar que si bien entonces los chilenos “no hacían caso” de los otros metales, “llegará el tiempo en que ellos los busquen para la perfección de sus manufacturas”.

Nuevamente aquí el autor exhibe sus detallados conocimientos de la mineralogía en general y del estado de la artesanía e industria metalúrgica europea, especialmente la italiana. Por otra parte, una vez más, pone de relieve la ignorancia de De Pauw quien afirmaba que “Chile no tiene absolutamente mina alguna de fierro”. Si el autor prusiano hubiese visitado Chile “hubiera visto por sus ojos, no una sola, sino tantas minas de este metal, que ellas bastarían, no sólo para el consumo que se hace

en Chile de este metal, sino para proveer de todo el necesario a toda la América y aun para enviar a la Europa” (I, p. 197).

Al referirse al hierro no sólo critica a De Pauw, sino asimismo al sistema mercantilista colonial español, pues los chilenos no pueden trabajar sus minas de hierro, “de óptima calidad”, por la simple razón que “esto está vedado por el Soberano, para dar salida al de Vizcaya, y que cuanto en la América se usa es todo llevado de Europa” (I, p. 197).

No es corriente en la pluma de los cronistas coloniales la crítica social; sin embargo, y de alguna manera, Gómez de Vidaurre es una excepción. Al escribir, por ejemplo, sobre el duro trabajo de los mineros chilenos, quienes exponen constantemente la vida en tales faenas: “¡Cuántas veces los vapores maléficos han privado de la vista a los laborantes! ¡Cuántas veces desfondándose las bóvedas [de las galerías], los han sepultado vivos!” (I, p. 192). Quienes se enriquecen con las minas son los comerciantes de todo género, aprovechándose del trabajo de los mineros principalmente a causa del elevado precio de las mercaderías que les venden.

El cuadro que la *Historia* ofrece de la región minera chilena (al norte del país, provincias de Copiapó y Coquimbo) se aproximan mutatis mutandis al del Far West norteamericano en el siglo XIX: “todo desertor del real servicio, todo quebrantador de las leyes divinas y humanas, todo mal viviente y aun los descontentos de la casa de Dios; en suma, todo hombre que teme por sus excesos algún grave castigo, recurre a las minas, como a lugar de refugio y de salvamento” (I, p. 193). Estos opulentos minerales crean riquezas para pocos y robos, vicios, violencia y pobreza para muchos. Una vez más el jesuita formula una crítica al Gobierno colonial, incapaz de arreglar este mundo minero sin orden ni ley, pues estas minas podrían beneficiar verdaderamente a los chilenos, “si el Gobierno pone mano en corregir los excesos”.

El Reino animal de Chile

Aunque Chile no posee la variedad zoológica de otras regiones del Continente, las especies locales representan para los chilenos “un ramo utilísimo” al aprovechar la carne, la piel y el pelo de ellas. Como buen hombre ilustrado del siglo XVIII Gómez de Vidaurre, deseoso de ordenar, clasificar y explicar el mundo de la naturaleza, trata de ser exhaus-

tivo presentando al lector europeo toda la panoplia zoológica chilena, dedicando sendos capítulos a los gusanos, insectos, reptiles, peces, pájaros, anfibios y cuadrúpedos, para describirlos y explicar su real o eventual utilidad económica y comercial. Por ejemplo, al referirse a los insectos, la mirada práctica y utilitaria del autor no deja de mencionar que, pese a la abundancia de abejas, los chilenos “ni han cuidado de domesticarlas, ni se cuidan aun de ir a coger su miel y su cera al campo” y por esto la gran cantidad de cera que se utiliza en las iglesias es preciso importarla a precios elevados desde España.

La lectura de la *Historia* en este como en los restantes capítulos, deja la impresión fehaciente de ser Chile un país privilegiado en riquezas. Para el autor “el mar de Chile es tan rico de peces que, queriendo significar su abundancia, él no deja lugar a hipérboles” (I, p. 229). Casi todos “de carnes excelentes y delicadas”. Y, como procede a menudo, en apoyo de su afirmación, cita no menos de cuatro autores para corroborarla (Frézier, Lord Anson, Byron, Carteret).

En cuanto a los mamíferos llevados a Chile por los españoles, el autor recurre al mismo procedimiento de desmitificación utilizado para con los vegetales: “todas estas especies de animales (cuadrúpedos europeos) lejos de haber degenerado de su primitiva especie, habiendo encontrado un clima tan favorable a su propagación y pastos tan nutritivos, no sólo se han propagado excesivamente, sino que *se han mejorado*, como lo atestiguan muchos escritores europeos” (I, p. 287).

Los principales ejemplos que al respecto ofrece el autor son los famosos caballos chilenos “generalmente bien hechos, bellos, fuertes, espirituosos e infatigables”, y el ganado vacuno, que se ha multiplicado tanto y tan bien en Chile que “consiste el nervio principal de las posesiones de aquel Reino”, presentando a continuación un cuadro agropastoral del Chile colonial tradicional en el cual el experto jinete criollo, el *huaso* de a caballo, que participa en la matanza anual de vacunos para obtener carne y cueros, juega un papel principal. Buena parte de estos cueros (cordobanes), carne (tasajo o *charqui*) y grasa (sebo) así obtenidos, partía al Virreinato del Perú, cumpliendo así el Reino de Chile su papel dentro del pacto colonial interno del Imperio español en Indias.

Los hombres de Chile

“Lo cierto es que esta nación
ha resistido más que ninguna de América
a reconocer el dominio español” (I, p. 297)

Todo el Libro VI de la *Historia* está destinado a presentar al lector europeo a los famosos aborígenes, los araucanos, “los hombres de Chile”, y su objetivo preciso, como el autor lo afirma, es demostrar, como ya lo hizo con los animales y vegetales “la ninguna degradación que en el Reino tiene el más noble de los animales, que es el hombre” (I, p. 293).

Aquí se recurre a la historia comparativa para explicar al indio chileno de manera objetiva, aduciendo que “sobre ninguna cosa de América han escrito más malamente que sobre el hombre”; a éste se le ha negado o atribuido poca racionalidad, dudando incluso de su capacidad a recibir los sacramentos de la religión católica. Gómez de Vidaurre piensa que lo que se llama “el estado de su barbarie” es una etapa evolutiva “común a toda nación”. Los fenicios hubieran definido al hombre peninsular cuando aquéllos visitaron o se instalaron en España, tal como se describe hoy (siglo XVIII) al hombre americano [...] “y quien sabe si peor”. Lo cierto es, según el jesuita, que los españoles hallaron en el Perú y México “más civilidad y mejor gobierno que la que encontraron los fenicios en los antiguos pobladores de España” (I, p. 296). Como se ve, la posición de nuestro autor es decididamente americanista.

En toda la *Historia* aparece de manifiesto la honestidad intelectual del autor y su “amor a la verdad”. Al explicar, por ejemplo, porqué no se refiere en su obra al origen de los indios chilenos, expone la dificultad de conocerlo en una sociedad primitiva “sin archivos ni escrituras” y en cuanto a sus tradiciones orales son tan “confusas y contradictorias” que la tarea del historiador es imposible, así como “establecer un *razonable sistema*” respecto a dicho origen. En cuanto a la historia colonial chilena, si bien es cierto que los españoles han señalado y dejado por escrito “lo más mínimo” sucedido, especialmente en las Guerras de Arauco, él, que vive fuera de Chile, no cuenta con “todos aquellos documentos ni las competentes noticias” para escribir una Historia completa y cabal.

Gómez de Vidaurre, por otra parte, pone en duda la numerosa población que se dice contaba Chile a la llegada de los españoles, opinando que unos han exagerado las cifras para resaltar más el valor de éstos, otros para subrayar o agravar “la inhumanidad de los conquistadores”. El está de acuerdo en que “Chile estaba bien poblado”, sin embargo si su población indígena ha “disminuido notablemente” no se debe ni a “exterminio ni al exceso de crueldad de los conquistadores”. Las causas son diferentes: el mestizaje, la huida al sur de la frontera de guerra (río Bío-Bío) y las pestes, como las viruelas “que ha introducido la Europa en estas partes”, enfermedad no conocida en la época pre-hispánica. Como se puede apreciar la argumentación de la baja demográfica aborígen a partir de la Conquista es de una sorprendente actualidad.

En su *Historia* él procede a diferenciar los indios dominados por los españoles bajo el sistema de encomiendas (a la cual define como una “bellísima institución”), los indios guerreros libres aliados de los españoles, llamados “indios amigos”, y los indios “bárbaros”: chiquillanes, pehuenches, puelches y poyas que viven nómades en la Cordillera y los huilliches, cuncos y araucanos que viven en los llanos, todos ellos libres del dominio español, especialmente esta última “tribu, la más célebre, no sólo en Chile, sino de toda la América, por su valor, por su gobierno militar y por las cuasi continuas guerras que ha hecho a los españoles desde el principio de su entrada hasta nuestros días” (I, p. 301), habiendo celebrado los mismos españoles su valor en distintas obras literarias. Según el autor todas estas “tribus” forman una sola nación, porque tienen la misma lengua, color, costumbres y gobierno.

Con vigencia actual, Gómez de Vidaurre trata de demostrar el error de los prejuicios y clichés europeos sobre los indios americanos y chilenos, opiniones extravagantes en cuanto a “que todos los americanos tienen un mismo aspecto y que cuando se ha visto uno se puede decir haberlos visto todos”. El autor se pregunta con razón: “No sé con qué ojos han observado esos autores (europeos) las diferentes naciones de la América”, tan variadas como los distintos pueblos europeos entre sí en aspecto, color, estatura, contextura, etc. El jesuita concluye que al confrontar unos pueblos americanos con otros “las vagas apariencias de semejanza desaparecen inmediatamente” (I, p. 303).

La presentación que él efectúa de los indígenas chilenos es altamente positiva, especialmente en lo que se refiere a su salud y esperanza de vida: son de gran vigor, “complexión robustísima y tarda muerte”. Desde

el punto de vista de su carácter, se les ha calificado falsamente de ser hombres “sin discernimiento, sin cordialidad, sin gratitud”. Del apego a su libertad, a su organización social y política, a sus costumbres, a su honor y a su intención permanente de poner a prueba al extranjero, muchos europeos o criollos, e incluso ciertos misioneros, han realizado “una negra calificación de las dotes de sus ánimos”. El jesuita insiste en que si los indios han declarado la guerra a los españoles se ha debido “a las extorsiones que les han hecho algunos particulares y que el gobierno no ha castigado” (I, p. 309).

La definición que ofrece del indio no puede ser más positiva, escribiendo él no sólo como jesuita sino como chileno. En efecto en un párrafo notable de su *Historia* comienza expresando: “yo digo que el indio chileno por el respecto a las dotes del ánimo debe definirse amante de la libertad al exceso, despreciador de la vida, cuando se trata de la conservación de la Patria”, para utilizar a continuación una halagadora serie de adjetivos: constante en las fatigas y empresas, animoso, intrépido, fiel, hospitalario, generoso, perspicaz, etc. El jesuita termina su párrafo exclamando: “¡Ojalá los cristianos hubiesen tanto cuidado de inspirar a sus hijos lo que ellos creen y saben es virtud, cuanto los indios hacen con los suyos sobre estos puntos!” (I, p. 309). Estas serán las mismas convencidas opiniones que los precursores y actores de la Independencia tendrán del indígena chileno (araucano), llegando incluso a idealizarlo en su lucha secular contra el invasor español.

Gómez de Vidaurre se defiende de una posible mala interpretación del juicio antedicho, que no es de lisonja “ni de parcialidad por esta nación”: al contrario, él tendría motivos “poderosísimos” para odiarla o “vituperarla”, pues, según él lo afirma con orgullo criollo, “pocas familias habrá en Chile de las que hayan ellos (los indios) derramado más sangre que de la mía” (I, p. 310).

El jesuita está guiado por su “amor a la verdad”, contrariamente a lo que afirman otros autores que a la vez que denuestan a los indios, contradictoriamente alaban sus virtudes como enemigos de los españoles para realzar el valor de éstos. A su juicio, además de las virtudes antedichas, hay que destacar su respeto por los niños, por los vencidos y su hospitalidad con los viajeros. Pese a ello, Gómez de Vidaurre reconoce tres vicios predominantes entre los indios: sus borracheras rituales, el

descuido de sus “intereses domésticos” y su ánimo vengativo contra sus enemigos.

Sin embargo no considera, cosa excepcional en un religioso y con mayor razón un jesuita, como “vicio” la poligamia o “pluralidad de mujeres”, presentando argumentos antropológicos que se adelantan al criterio de su tiempo: “las leyes y costumbres” indígenas autorizan dicha institución, por otra parte “el número de mujeres se endereza más a la ostentación y al interés que de ahí les resulta, que a la satisfacción del brutal apetito”. En efecto, en estas “sociedades sin Estado o contra el Estado” mientras más esposas tiene un hombre principal, más parientes por alianza matrimonial puede contar y más bienes producen dichas mujeres, que le permiten responder a las obligaciones de generosidad que él tiene, como jefe, respecto al resto de su comunidad.⁸

El jesuita no niega que existan en las sociedades indígenas “las simples fornicaciones” (“muy raras”, por lo demás) ni los adulterios (castigados “con rigor”). Estos “pecados” no son, pues, tan comunes como entre los cristianos, “a quienes su creencia les amenaza graves penas en la otra vida”.

Según él, muchos autores se equivocaron al pintar a los araucanos como “hombres sin religión o ateístas verdaderos”. El hecho de no tener “sacerdotes, sacrificios, ni lugares sagrados” se adapta a su organización política y social (“manera libre de vivir”) y a su universo espiritual (“manera de pensar”). De todas maneras, ellos creen en un ente supremo y en la inmortalidad del alma.

Para Gómez de Vidaurre la lengua araucana o mapuche prueba que este pueblo en siglos anteriores constituyó una civilización y, precisamente, su lengua es un indicio de “su pérdida cultura”, pues de otra manera no se puede explicar que una nación “ahora bárbara, sin ciencias, sin comercio, sin artes, pueda hablar un idioma tan perfecto, tan abundante, tan expresivo, tan dulce” (I, p. 311). Al analizar la estructura de esta lengua y su riqueza en sintaxis y términos, el jesuita pretende probar a De Pauw que no es “tan pobre como él asegura” que son las lenguas de América y que la araucana “puede contar tanto como las de Europa” (I, p. 316).

⁸ Cf. Pierre Clastres, *La société contre l'Etat. Recherches d'anthropologie politique*, Paris 1974.

La organización política de los araucanos que constituye un sistema mixto aristocrático (los cargos son hereditarios, “honoríficos más que reales”) y democrático (“el pueblo vela contra el despotismo”, no paga tributos ni está sometido al servicio personal, organización, pues, muy diferente a la señorial europea) prueba, según el autor, que existe “una especie de civilidad en ellos”. Una vez más, él acierta al pensar que su organización política y social tradicional (el *admapu* o “Código de sus leyes”) está dirigida siempre “a la conservación de la libertad”, que corresponde exactamente a la situación y práctica existentes en estas sociedades sin Estado o contra el Estado, llamadas “primitivas”.

Su organización militar “es aún más racional”. Los araucanos siempre eligen al guerrero más capaz, sin importarles su edad o la calidad de su familia o persona, a quienes obedecen fiel y puntualmente sólo el tiempo que dura la guerra. Para nuestro autor esto constituye un verdadero ejemplo “que debe llenar de rubor a las naciones más cultas, entre las cuales no faltan etiquetas de superioridad de sangre, para pretender hacer a su modo y no como les manda su general” (I, p. 328).

A través de todo este Libro VI se subraya el valor, la inteligencia y el amor a la libertad de este pueblo considerado “bárbaro” y nacido para la guerra. Pueblo que “por todo pasa menos por la servitud o esclavitud o cosa que huelva a esto” (I, p. 352).

Los criollos de Chile

En el último libro de su *Historia*, como un coronamiento, el criollo Felipe Gómez de Vidaurre presenta al lector europeo su visión de sus compatriotas, la cual es altamente positiva (salvo para los zambos); una clara respuesta a las teorías racistas y deterministas de algunos historiadores o naturalistas europeos, entre los cuales De Pauw era la figura de proa. Por otra parte, las concepciones del jesuita traducen también las concepciones racistas de los españoles y criollos chilenos de la época, quienes no sólo por el color de la piel sino por el hecho de ejercer “los más bajos y viles oficios” podían clasificar a los habitantes de la sociedad colonial en variadas castas, uniendo al criterio racista consideraciones clasistas.

En efecto, su presentación y valoración de dichas castas (“puros españoles, puros indios, negros, mestizos, cuarterones, mulatos y zam-

bos", II, p. 284) es rotunda y difiere de la de otros cronistas. Al referirse, entonces, a los mestizos y cuarterones (hijo de español y mestiza), que en el siglo XVIII ya constituían la mayoría de la población, los define como "bien hechos, de estatura regular, blancos por lo común como los españoles, de modo que si no fuese el pelo, que en ellos es liso, grueso y negro, aun después de varias generaciones, no se distinguirían de un puro español" (II, p. 283). Los mestizos son más fuertes y resistentes que los españoles especialmente en las faenas agrícolas. En cuanto a su carácter, como ya se ha dicho, "ellos sacan *todo lo bueno* de ambas naciones", empleando el autor una serie de términos elogiosos para caracterizarlos: "obsequiosos, generosos, fieles, constantes, intrépidos, amorosos, afables, cordialísimos y de bellos ingenios" (II, p. 284). Los mulatos y negros (escasa minoría en el Chile colonial) también tienen "bellas dotes en su ánimo", excepto que son inclinados a la soberbia. La excepción en esta explicación positiva de las castas (chilenos mezclados) la constituyen los zambos (hijos de negros e indias), quienes son "nada fieles, sumamente iracundos, crueles, traidores, y en suma, gente cuyo trato debe huirse".

Como buen criollo, coherentemente orgulloso de su origen español y a la vez de su patria chilena, Gómez de Vidaurre destina 6 de los 11 capítulos de su último libro a presentar la nobleza, el físico y el carácter de los criollos, sus aptitudes para las ciencias y las artes, e incluso "el vestido y lujo de los criollos".

Los primeros españoles avecindados en Chile iniciaron la tradición chilena "en conservar pura su nobleza", preocupándose de la genealogía de los pretendientes de sus hijas, de esta manera hasta mediados del siglo XVIII "conservaron puras y limpias las familias". Esto ya no sucede, según el jesuita, en la segunda mitad de dicho siglo, pues "mirando más al interés que al honor de su descendencia", estas familias prefieren al europeo, aunque no sea noble, ya que éstos no dilapidan la dote de las criollas como lo hacen los pretendientes criollos. El riesgo probable, según Gómez de Vidaurre, es que en el futuro ningún noble europeo querrá casarse con las criollas, por no poseer éstas una limpia genealogía. Esta preferencia de ciertas familias criollas por los pretendientes europeos, no sólo en Chile sino en toda la América española, era una fuente de tensiones y disputas, como se sabe, entre ambos sectores dominantes de las sociedades coloniales.

Pero el autor no es un criollo fanático. Para no ser tachado de parcial, él expresa que en caso de competencia de pretendientes de igual nobleza y condición, uno europeo y el otro chileno, a la mano de una noble chilena, él preferiría siempre al europeo, por dos razones: por una parte para mantener “relaciones más inmediatas con el mismo continente de España”, a la que siempre hay que recurrir, y por otra parte “porque los europeos saben mejor que los chilenos adelantar los caudales y no disipar tan fácilmente los bienes” (II, p. 286).

Las familias nobles chilenas son ricas y otras medianas, no disponiendo del poder económico ni del fausto de sus homólogas de los Virreinos de México y del Perú, y esto era debido a dos razones: el desarrollo incipiente de la economía chilena y las continuas guerras de Arauco, que han impedido, según el autor, también el aumento de la población.

En los largos capítulos destinados a exponer detalladamente las virtudes físicas, morales e intelectuales de los criollos, éstos aparecen como seres casi perfectos, a través de una imagen extremadamente positiva.

En efecto, ellos tienen cuerpos bien formados y es raro encontrar deformes físicos. Esto se debe no sólo a la “salubridad y benignidad” del clima chileno, que ha operado tan benéficamente también con los vegetales y animales, sino a su crianza física desde niños, mucho más natural y libre que en Europa. Generalmente estos criollos chilenos presentan “el color y la estatura como las de los españoles que nacen en las partes septentrionales de España, con quienes tienen mayor semejanza, y esto aunque su padre sea de las partes meridionales de la misma España o de alguna otra parte de la América” (II, p. 290).

En lo que respecta a su carácter son “afables, humanos, amantes de los forasteros y generosos”. Asimismo son muy valerosos e intrépidos como las largas guerras de Arauco lo demuestran; son amigos fieles, aman el honor, y “son los más fieles vasallos del Rey de España”.

En su largo panegírico de los criollos chilenos, Gómez de Vidaurre subraya su unidad y homogeneidad, conviviendo en “armonía y tranquilidad”, no existiendo en Chile las rivalidades entre los descendientes de las diversas naciones que forman la España peninsular, como sucede en otras partes de América. Así los chilenos descendientes de castellanos, andaluces, vascos, catalanes, etc. se sienten todos de “una misma nación” y para ellos todos los españoles son iguales. El jesuita ya adelanta, sin embargo, las razones de ciertas tensiones existentes entre

criollos y funcionarios peninsulares, además de los problemas de enlaces matrimoniales arriba vistos, que tradicionalmente se presentan como una de las causas del futuro proceso de la Independencia de Chile en particular y de toda la América española en general. El autor expresa estas tensiones de manera prudente y velada: “pruebas han dado los criollos de su fidelidad no sólo en la guerra que han sostenido contra el araucano, sino en sufrir por respeto a Su Majestad las violencias de algunos Gobernadores; el verse quitados los empleos que tan merecidos tenían, así por propios servicios como por los de sus antepasados. Podían cierto en estas ocasiones mostrar sus justos sentimientos, pero la moderación en que han sido creados y la piedad y religión han hecho contenerlos dentro de sus pechos” (II, p. 291). Según Gómez de Vidaurre, en esos años europeos de su vida, la Corona española podía estar tranquila: las tradiciones familiares, bélicas y religiosas, pese a dichas tensiones evidentes, mantendrían siempre a Chile en y para la Monarquía peninsular [...] sin sospechar que veinte años más tarde se desarrollaría en toda América el inevitable proceso de emancipación.

Las únicas limitaciones o defectos que Gómez de Vidaurre comprueba en el carácter de sus compatriotas criollos es su afición a la vida holgada y despreocupada, “con mucho fausto y lujo”, debido principalmente a la educación que reciben de sus padres, inclinados a la ostentación, en la cual todos los criollos quieren sobrepasarse, crítica que, por lo demás podría aplicarse a todos los criollos americanos: “nacido en abundancia, criado con magnificencia, alimentado con regalo, contentado en un todo de estas cosas, se cría sin apego al dinero, se acostumbra a la ostentación, de donde viene el lujo y la poca aplicación a buscar dinero; porque esto no puede tenerlo sin negarse a estas dos pasiones dominantes que él siempre lleva delante para infundirlas en sus hijos, que suele ser no pocas veces la herencia que les dejan, porque ellos en dar pasto a las suyas han disipado cuanto le dejaron sus padres” (II, p. 292). Pocas páginas hay en la historiografía colonial tan apropiadas para definir los rasgos de esta clase dominante, que más tarde será la clase dirigente chilena durante la República. Este perfil, para el jesuita exiliado, se denotaba más claramente sobre todo cuando lo comparaba al de la industriosa e inventiva burguesía europea del siglo XVIII.

Por otra parte, la gran aptitud de los criollos para el estudio de las ciencias y de las artes debe atribuirse, según las teorías geodeterministas

de la época, al benigno clima chileno. Así como éste contribuyó a las excelencias del cuerpo, lo hace también con “las potencias del alma”; de esta manera “los criollos chilenos salen lucidos generalmente en cualquiera facultad a que se apliquen”.

Al referirse al estado de la educación en el Reino de Chile, el jesuita formula una crítica al sistema educativo colonial, subrayando sus deficiencias: sistema más bien escolástico, donde los libros son escasos, inexistentes los útiles e instrumentos necesarios para el aprendizaje de ciencias y técnicas, no existe tampoco una imprenta para publicar libros, de manera que muchos criollos deben aprender el idioma francés para poder estudiar directamente en las obras literarias y científicas principales del siglo XVIII. Por supuesto que el autor prudentemente no menciona aquí la censura y prohibiciones que la Corona y la Inquisición imponían a tal tipo de lecturas.

Gómez de Vidaurre aprovecha la oportunidad para explicar cómo en Italia “hallando mayor facilidad de la imprenta han dado a conocer sus talentos los criollos y hecho manifiesta la cultura que les habían dado en una extremidad del mundo” (II, p. 296). Estos “criollos” son indudablemente los jesuitas expulsos, descollando, entre los que él cita, Juan Ignacio Molina, quien “ha llenado de gloria a su patria con dos ensayos que ha dado a la luz, uno de la historia natural y otra de lo civil de Chile. Para juzgar de estos, basta saber que inmediatamente han sido traducido en inglés, en alemán, por dos en francés, y últimamente en España”.

En su parte final, la *Historia* nos exhibe el cuadro del Chile colonial rural, en que “la agricultura parece debía tener para con los chilenos la primera estimación”, pues la economía y “el lustre” de sus ciudades dependen de ella, dado que son los productos de las haciendas “los que les suministran los ramos de comercio” y no la minería. La prosperidad agrícola de Chile se debe más a la calidad de la tierra y del clima que “a la inteligencia del labrador”, quien emplea procedimientos y técnicas atrasadas, por ello el jesuita propone la creación de una Escuela de Agricultura, idea que sólo prosperará durante la República. Chile produce bienes agrícolas, cordobanes, suelas, cuerdas, jarcias, etc., “que no ceden a ningunos de los de Europa”. Si los chilenos no han progresado en la producción de “las Bellas Artes” se debe más bien a “la falta de maestros y no por falta de aprecio que hagan los criollos de ellas”. La mejor prueba que él ofrece es que en Italia los chilenos han demostrado su aptitud y méritos “sobresaliendo con progresos rapidísimos que han

admirado a los maestros”. A través de todo su discurso sobre el estado de las ciencias y técnicas, comercio e industria, se denota la indirecta crítica del hombre ilustrado frente a las limitaciones y frenos impuestos a su patria por el régimen colonial y mercantilista español.

En la parte destinada a exponer la vida cotidiana y las costumbres de los criollos, sus casas, ropas, muebles, etc., nos podemos percatar de las transformaciones que la sociedad colonial chilena ha experimentado ya en la segunda mitad del siglo XVIII, separando netamente la clase criolla, que era la elite enriquecida por la agricultura y el comercio, orgullosa de su nobleza y privilegios, del pueblo formado de campesinos, mineros, artesanos, mestizos y esclavos. Las costumbres y vestimentas de los primeros se aproximaban a las de Europa: “los ciudadanos criollos se visten en la ciudad del mismo modo que en Europa los españoles” (II, p. 305), la indumentaria y costumbres de los segundos eran más bien rurales, mezcla española e indígena (el poncho, prenda universal en América). La ropa de las criollas abundaba en “encajes finos de Holanda”, cambray, batista, seda, “bayeta de las más finas de Inglaterra” y una abundante exhibición de joyas en sus vestidos y cuerpos era frecuente (oro, plata, perlas, diamantes, brillantes), provocando esta ostentación de las señoras chilenas la vana imitación de “la gente baja y plebeya”. Al describir las casas y el mobiliario de los criollos el autor emplea el término “magnificencia”: marcos, cuadros, sillas, mesas, vajillas [...] “nada se pone en la mesa que no sea servido en plata. Llega en no pocos a tanto el uso de este precioso metal que se sirve de él aun para las necesidades comunes” (II, p. 308).

Esta riqueza colonial se exhibe también en las iglesias, tanto en su arquitectura como en los numerosos objetos de culto, muchos de ellos trabajados en plata, siendo las custodias “contornadas de diamantes, de toda especie de piedras preciosas y de perlas finísimas” (II, p. 309). Buena parte de este rico material religioso era donado por los fieles criollos buenos católicos, que reverenciaban “a la casa de Dios y a sus ministros”. La sociedad colonial presentada por el jesuita es devota y en ella la influencia y prestigio de la Iglesia es decisiva, “en el proceder y en las buenas costumbres” de dicha sociedad. Sin negar que “no falta uno u otro vicioso y uno u otro escándalo”, él afirma que esto también ocurre en Europa, “según lo tengo observado en más de 16 años que me hallo en ella” (II, p. 310).

Sin duda, el objetivo de estos capítulos finales de su obra es presentar al lector la imagen de un país civilizado, rico, de buenas costumbres, pacífico (las famosas guerras de Arauco en declinación), católico, muy lejos del prisma de degeneración y barbarie con que se presentaba frecuentemente a Chile y a América en Europa.

Una de las críticas más certeras al sistema colonial, planteadas por Gómez de Vidaurre con la discreción que lo caracteriza, se refiere a la dependencia económica de su patria respecto a España y al Perú y a la contradicción de producir abundantes e inmejorables bienes agrícolas sin disponer de amplios mercados donde venderlos. Así él expresa: “el comercio de Chile no es el que podía ser. Chile comercia con la Europa; pero en este tráfico hace la persona puramente paciente; cuando él con sus muchos efectos podía contrabalancear, de modo que si no quedase superior, por lo menos no quedase tan debajo” (II, p. 313). En efecto, Chile compra a España telas, utensilios, vidrio, papel, etc., a subidos precios (“millones al año”) y sólo puede vender a Europa 30 o 40.000 quintales de cobre, “los cuales nunca pueden llegar a una centésima parte de lo que gastan en vestirse”. Esta balanza comercial negativa Chile debe pagarla con su oro y plata, produciendo, sin embargo, el país un derroche de productos que podrían venderse en el exterior, equilibrando dicha balanza. De esta manera, Chile podría vender a Europa “excelentes lanas que allí se pierden”, “excelente cáñamo” que no se aprovecha, una gran cantidad de cueros que el Perú no puede consumir, “desperdiándose infinitos”, etc.

Sin romper el marco del monopolio colonial, Gómez de Vidaurre se formula la pregunta: “¿Por qué de esto no podían (los chilenos) proveer a la España, como lo hacen las naciones del norte? Lo mismo digo de las producciones de su costa, con las que si se avivase un poco la industria de aquellos naturales, podían proveer de modo a la España que nada de este género necesitase de los extranjeros y aún a mejor precio y ciertamente de mejor calidad” (II, p. 314). Por supuesto que esta política no agradaría a los comerciantes extranjeros, de los cuales España dependía, “por agotárseles las minas, que ya no llamarían a los comerciantes españoles sus factores”. Advertida reflexión del jesuita respecto al “zapato chino” que el colonialismo español imponía al rico y promisorio Reino de Chile.

Para finalizar esta semblanza de la Historia de Felipe Gómez de Vidaurre, pensamos que es pertinente señalar aquí que el criollismo,

inserto en el siglo XVIII en el marco histórico e ideológico de la ilustración, al analizar y tratar de comprender la América y lo americano con nuevos principios científicos y filosóficos, creó o despertó en muchos criollos una conciencia revolucionaria, que conduciría más tarde ineluctablemente a la emancipación de la América española.

En la mentalidad criolla surgió en el siglo XVIII una posición nacionalista, de “dueños de casa” como diríamos, en que los criollos comenzaron a sentirse superiores a los peninsulares o chapetones (español recién llegado a América, inexperto) y orgullosos de su origen y de la historia, la geografía, la naturaleza de su patria americana. En este proceso de búsqueda de identidad y más tarde de auto-afirmación, los jesuitas criollos expulsos —quienes, desde luego, no eran en este caso viajeros voluntarios—, buenos y cultos conocedores de las realidades americana y europea, jugaron un papel de primera importancia en las conciencias criollas.